

Karl Marx, el hermano de Frankenstein

Mauricio Molina

Es dudoso que el pensamiento de Marx pueda llegar incólume al siglo XXI. Es un rasgo que comparte con Nietzsche y Freud, cuyas obras nos hablan de manera oblicua: difícilmente las nociones del superhombre nietzscheano o la estructura tripartita de la conciencia humana (yo, superyo, subconsciente) pueden tener alguna vigencia. Lo mismo sucede con el materialismo histórico: moneda corriente de los militantes del CGH o de los movimientos más retrógrados de América Latina. Freud, Nietzsche y Marx, los maestros de la sospecha al decir de Michel Foucault, pertenecen a un universo difuso: entre el vislumbre creador y la academia petrificante, entre la intolerancia teórica y la metamorfosis continua de su pensamiento.

Karl Marx nació el 5 de mayo de 1818. No deja de ser interesante que el autor del *Manifiesto comunista* haya visto la luz el mismo año en que apareció *Frankenstein*, la gran novela de Mary Shelley, y que por aquellos años se dieran los primeros movimientos obreros, entre los que destaca el de los Luditas (llamados así por su líder, Ned Lud), quienes destruían las máquinas textiles por temor a ser sustituidos por ellas.

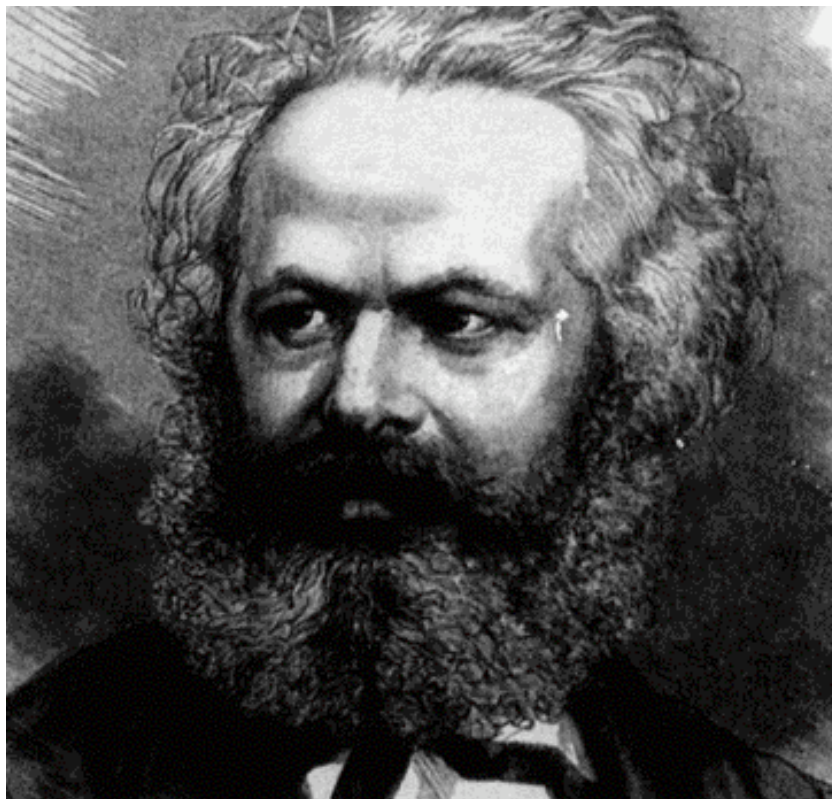
Rüdiger Safranski, en su hermoso libro *Los años salvajes de la filosofía*, nos ofrece un recuento del caldo de cultivo en que se desarrolla el joven Marx: mientras Arthur Schopenhauer publica sus libros fuera de la academia y la obra de Kant permanece un tanto al margen, hacen su aparición los jóvenes hegelianos: Feuerbach, Stirner, Engels y Marx. 1848 es un año fundamental. En ese año se dan diversas revueltas en Alemania y Francia, y Marx publica el *Manifiesto comunista*, un verdadero éxito editorial que apareció en múl-

tiples lenguas en menos de veinte años y que contiene algunas frases que aún hoy resuenan con peculiar potencia: “Un fantasma recorre Europa”, “en las aguas heladas del cálculo egoísta”, “¡comunistas del mundo, uníos!”.

Mal que le pese, Marx estaba dotado de un estilo profético, mesiánico (como Nietzsche y el propio Freud), que recuerda algunos textos bíblicos, tanto del antiguo como del nuevo testamento: no podía evitar sus orígenes judíos y protestantes. Su visión del fin de la historia y su idea de una sociedad igualitaria, presentes en toda su obra, lo sitúan en una tradición que viene desde *El libro de Daniel* y pasa por el

Apocalipsis de San Juan. *Las tesis sobre la teoría de la historia*, el brevísimo pero sustancioso *tractatus* de Walter Benjamin, es un resumen de la escatología marxista y su carácter profundamente mesiánico.

Otro tipo de comentarios merece *El capital*, su obra más ambiciosa. Pocas obras han enfrentado con seriedad filosófica y contundencia “científica” —con todos los matices que esta palabra pueda tener— la manera salvaje en que la maquinaria del capitalismo despoja a los trabajadores, los explota y los consume. Si bien esta parte esencial mantiene su vigencia, los cambios en las diversas etapas que ha vivido el capitalismo vuelven el análisis



Karl Marx



marxista más un documento histórico que un pensamiento vivo actual. Las formas de la explotación contemporánea hacen necesaria la aparición de un pensamiento económico renovador.

El capital es para Marx lo que la voluntad para Schopenhauer y el poder para Nietzsche: un motor del mundo que devora a la humanidad entera en su devenir incontrollable. Como el inconsciente freudiano, es una entidad enmascarada oculta en las apariencias. *El capital* ejemplifica las potencias inhumanas que rigen el orden del mundo contemporáneo.

Pese a todo lo que pudiera decirse, no es posible desprender de la obra de Marx un pensamiento propiamente político: a partir de su noción del materialismo histórico, mecánicamente prefiguraba el fin de la historia a través de la dictadura del proletariado, que habría de alcanzarse a través de procesos democráticos, como

una consecuencia inherente al propio despliegue del capitalismo. La democracia liberal sería la compañera de viaje del comunismo. Sin embargo, como sucedió con Nietzsche, a partir del pensamiento de Marx surgieron monstruosas construcciones políticas que desembocaron en los dos grandes leviatanes políticos del siglo XX: el fascismo y el comunismo real.

Pese a que Marx no estableció una teoría de la cultura propiamente dicha (la descripción de los griegos como la infancia de Europa no deja de ser más que una ocurrencia), hay un apartado de su pensamiento que ha llegado hasta nuestros días: la teoría del carácter fetichista de la mercancía, contenida en algunos de los manuscritos de juventud, los famosos manuscritos, en el *Prólogo a una crítica de la economía política* y en el primer tomo de *El capital*. En esos vislumbres, que forman parte fundamental de su pensamiento y de la teoría de la alienación que explorara la Escuela de Frankfurt a través de Adorno y Horkheimer, Marx establece una suerte de metafísica de los objetos que hoy adquiere una vigencia irrecusable.

En un universo regido por el dinero como referente general de todas las cosas y seres, todo puede ser intercambiado: unos zapatos por un cuadro, un boleto para el teatro por una camisa. Lo que cae atraído por el campo magnético del mercado es también la obra de arte. Este análisis surge a partir del inesperado texto de Walter Benjamin *La obra de arte en la era de su reproducción técnica*. Benjamin aplica a la obra de arte el análisis marxista de la mercancía —que abstrae el tiempo de trabajo para su realización—, y extrapola a partir de ahí la teoría del aura: lo que reviste a la obra de arte en un objeto de prestigio cultural, y su pérdida a partir de la reproducción mecánica. Estos vislumbres alcanzarán, en los años sesenta, a Guy Debord y a

Jean Baudrillard para la acuñación de la idea de sociedad del espectáculo y de simulacro. El ejemplo fundamental en el arte son los objetos de Duchamp y la obra de Warhol y la final conversión de la obra de arte en publicidad: ninguna pintura, ningún objeto “artístico” puede competir hoy con la potencia de las imágenes publicitarias, que han erradicado lo estético de su estatus cultural y lo han socializado. Habitamos un entorno de estetización de lo social. Su puesta en escena en nuestro ámbito es el simulacro, cada vez más arbitrario, que impregna nuestra vida social, estética y política. Si la publicidad ha invadido las artes visuales, lo mediático ha invadido nuestra vida política.

Contemporánea de *Frankenstein*, la obra de Marx ha alcanzado, como la novela de Mary Shelley, el siglo XXI a través de una serie de mutaciones, metamorfosis, interpretaciones y revaloraciones. Lo esencial sigue ahí: la explotación despiadada del turbocapitalismo, el desprecio por el trabajo, la desigualdad monstruosa entre la riqueza y la pobreza, la conversión del mundo en capital abstracto, el simulacro como espejo de la producción.

Jacques Derrida, en su obra *Espectros de Marx*, nos ofrece la visión más acabada de lo que es Marx en nuestros días: el fantasma que recorre el mundo. Como el rey Hamlet, el fantasma de Marx seguirá acechando la conciencia mundial ahí donde el capital siga operando en su monstruosa eficacia, devorando a la humanidad entera en su devenir monstruoso e incontrollable.

Si bien el pensamiento económico de Marx hoy resulta más histórico que presente, la base de sus ideas —la explotación y la alienación— tienen una vigencia que no es posible soslayar. Marx pertenece ya a la esfera intemporal de los clásicos a los que hay que acudir en busca de consejo y con los que es preciso el diálogo constante. ■

El capital ejemplifica las potencias inhumanas que rigen el orden del mundo contemporáneo.